

poética. Hay todos los trucos de la escasa producción y el deseo de publicidad: hojas y hojas en blanco, títulos en hojas especiales, dedicatorias, etc. Y la obrita misma es como su título lo indica «verso simple» (1). Pero esta simpleza ya no es una cualidad, es una candoridad, una ingenuidad tan clara y tan sosamente expuesta que linda con el infantilismo. Huir de las complejidades psicológicas y verbalistas puede ser en poesía un acierto, pero de ahí a repetir canciones de cuna o gritos infantiles hay una distancia muy grande. Puede hacerse una obra poética sencilla y pura, pero poética, mas bajo la etiqueta de la sencillez no pueden cobijarse producciones simples, ingenuas, sosas. Veamos el poema *Pueblo de Dios* (Pág. 47):

Amo este pueblo pobre  
que canta y que trabaja,  
que tiene cuatro calles  
y unas casitas blancas.

Amo este pueblo pobre  
que tiene un cielo tierno  
y purísimo, como  
corazón de labriego.

Amo este pueblo pobre,  
que tiene unas mañanas  
sonrosadas y frescas  
como caras aldeanas.

Amo este pueblo pobre,  
a quien Dios le regala  
para alumbrar sus noches  
una luna dorada.

Amo este pueblo pobre,  
religioso y festivo  
que parte entre sus gentes  
como un pan el domingo.

(1) Ediciones de Cabaut y Cía. Buenos Aires, 1930.

Si se exceptúa la imagen contenida en los dos últimos versos, de cierto sabor moderno aunque no plenamente conseguida, no se encontrará en todo el poemita transcrito una nota de verdadera poesía. Simpleza y sencillez, pero expuestas en tal forma y desarrolladas de tal modo que han perdido su calidad primeriza y en conjunto no son otra cosa que sosería y puerilidad. Acaso este sea el vocablo que con más propiedad puede caracterizar la poesía del señor Jijena: no simpleza, sino puerilidad. Y es una lástima, porque cuando el autor sale del círculo estrecho y cerrado de su tono cansadamente infantil, logra obtener poemitas con notas de justa belleza. Así la letra para cantar número 6, dedicada a Manuel Machado (Pág. 23), *Elogio* (Pág. 67). Es lo único que puede salvar la infantil producción del señor Jijena. Todos los otros poemas, cual más cual menos, han traspasado los límites del concepto de simpleza para caer de lleno en el de puerilidad.—A. V. A.

A PROPÓSITO DE *Andina*.

Señor Director:

El crítico de mi obra *Andina* parece no pertenecer a la categoría de aquellos razonadores, que, como dice Sócrates en el *Gorgias* de Platón gozan más en verse confutados cuando caen en error que en confutar los errores ajenos. El tono algo agresivo de su contestación da a conocer este lado de su carácter; razón por la cual, si la discusión con él hubiera sido

meramente verbal, yo no habría perdido más tiempo en inútiles palabras. Pero el crítico escribe, y sus argumentos (apoyados en una larguísima lista de tremendísimos títulos) podrían inducir a error a los inexpertos. Por eso es-timo conveniente contestar varios puntos de su doble impugnación, lamentando tener que chocar otra vez con su delicado temperamento. Pero *amicus Plato...* y con las líneas que siguen, cuidadoso de no invadir el terreno de las escuelas por correspondencia, y volviendo a repetir que sólo en vista de mi calidad de profesor contratado he debido descender a contestar tales artículos, pondré fin, por mi parte a esta polémica; si polémica puede llamarse a un intercambio de serenas y objetivas rectificaciones de mi lado y una serie de discutibles opiniones personales y datos inexactos (floreados de malévolas invectivas) del lado del crítico.

1) Dice a propósito del paso de Horacio:

uos exemplaria graeca  
nocturna uersate manu uersate diurna,

que el venusino escribe en efecto *graeca*; pero que él ha substituído *para adaptarlo al caso uatum a graeca* porque nosotros no somos latinos sino neolatinos, y por lo tanto tenemos que leer a los *uates*, o sea a los poetas griegos y latinos. No hay que ser ni latinista ni grecista para apreciar toda la peregrinidad de tan ingenioso razonamiento.

2) *Quidlibet*, decía en su primer

artículo el crítico, no significa *totum* (tal vez repito quería decir *omnia* ya que *totum* equivale a lo total, lo entero). Bueno ¿Y a quién, sino a él, se le podría ocurrir que *quidlibet* quería decir *totum*? *Quidlibet*, agrega en su segundo artículo, significa *algo*. ¡Oíd pintores y poetas! Todos creíamos que cuando Horacio escribía «*pictoribus atque poetis quidlibet audendi semper fuit aequa potestas*» se os reconociera por el gran artista el más sagrado de vuestros derechos. «*Les peintres et les poètes ont toujours eu le commun privilège de tout oser*», como traduce J. N. M. de Guerles. Y en efecto *quidlibet* significa *quidvis, quidquid, quodcunque, quodcumque ex multis libet eligere, vel capere*, como puede ver en Forcellini *De Vit Lexicon Totius Latinitatis*, T. V., Pág. 48, s. v. *quilibet*, lo que uno le guste, cualquier cosa, todo y en ningún caso *algo*. No, dice ahora el crítico, a vosotros pintores o poetas no se os permite atreveros a todo sino que a *algo no más* (lo bastante tal vez para agradar al señor crítico).

3) ¿Qué decir de la etimología de *aequus* que en apoyo de su antojadiza interpretación de Horacio el crítico nos regala? *aequus*, dice él con apolínea imperturbabilidad, de *eikos* (si al menos hubiera escrito con acento, *eikós...* pero no es el caso de entrar en detallada discusión). Quienquiera que consulte un diccionario etimológico griego o latino—por ejemplo el de Boisacq: *Dict. Etymol. de la langue grecque*, Heidelberg, Winter, 1923, s. v. *eikon*, y Walde; *Lat. Etymol.*

*Wörterbuch*, Heidelberg, Winter, 1910, s. v. *acquus*—se dará cuenta de que presentar o sostener hoy tal etimología es cosa tan grotesca que ni siquiera en un diletante podría ser tolerada.

4) Sólo la necesidad, como bien lo observa Krebs en su *Anti Barbarus*, puede autorizar a quien escriba en un idioma antiguo a que introduzca voces o locuciones no comprobadas por el uso de los propios escritores. El hecho de que el adjetivo *amplus* se junte con ciertos sustantivos no es razón suficiente, pues hay copiosa abundancia de locuciones perfectamente latinas, con que expresar el concepto amplio poder, para que se diga *ampla potestas*. Basta que el crítico me recuerde algún texto que defienda su *ampla potestas* (y corre el riesgo de atormentar sin objeto su memoria) para que esta expresión quede como un simpático españolismo.

5) La distinción que hace el crítico de cesura de pie y de metro es otra acrobacia sofística completamente extraña a la cuestión. El verso «ultima funditus interirent» está amoldado sobre el de Horacio *Carm.* 4, 468 «nominis Hasdrubale interempto», el cual no es el último del carmen, pues le sigue otra estrofa. El crítico para corroborar su inacertada condenación de mi verso llega a la increíble osadía de afirmarlo, pues según él, solamente la coincidencia de ser el último verso del poema podría justificar tal imperfección, ya que aún Horacio, según el crítico, tiene sus imperfecciones

métricas, y a tal propósito lo cita adaptándolo como de costumbre. Dice, Horacio v. 358 y s.: *indignor quandoque bonus dormitat Homerus*, y el crítico, «aliquando dormitat Homerus».

El otro verso «te componere quotquot exstitere» es perfectamente análogo al de Catulo (*carm.* 1,2) «arida modo punice expolitum», y tiene su cesura.

6) En cuanto a las elisiones que tanto molestan a las refinadas orejas del crítico, oiga lo que escribe un teórico colombiano, Miguel Abadía Méndez (*Prosodia latina*, 2 ed. Bogotá 1904):

La elisión es uno de los recursos más socorridos para acrecentar las bellezas de los versos, sirve igualmente para dar al número de los mismos dulzura y fluidez, rudeza y majestad, según la diversidad de los asuntos de que trata.

Tanto basta para dar a conocer cómo en cuestiones de poesía y particularmente cuando se compone en idiomas antiguos, lo más seguro sea, por lo que concierne al contenido, confiar exclusivamente en su propio gusto, y en cuanto a la forma, apoyarse únicamente en la autoridad de los textos, dejando de un lado a los críticos, especialmente a los improvisados, a los maestros de poética y sus comentaristas, máxime cuando no entienden o explican al revés la letra, y a los autores de diccionarios poéticos, aunque sean miembros de la Legión de Honor, profesores de la Universidad Real, etc. . . .

7) No hay que calificar de hipér-

baton lo que uno no alcanza a comprender, y si *Andina* presenta para el crítico dificultades de interpretación, no hay que atribuir la culpa de eso al autor sino al lector.

A las injuriosas invectivas, como decía en el comienzo, no contesto; confieso cándidamente que en ese terreno me reconozco demasiado incompetente. Lo que no llega hasta mí, no me ofende. Ni tampoco así como no me halagaron los elogios por él a mi tributados, «de profundo conocedor de la hermosa lengua de Cicerón, de rapsoda hábil e ingenioso y digno de ocupar un sitio decoroso en el *Gradus ad Parnasum*, de dotado de aptitudes

poco comunes para pulsar la lira del inmortal poeta venusino, de autor de una empresa admirable y meritoria, de un bonito esfuerzo, de un simpático, gesto que prueba evidente de mi dominio de la cultura humanística, etc., etc.»; ni tampoco, digo, me ofende el hecho de que él ignore en qué soy doctor, dónde hice mis estudios. ¿Qué interesa en efecto a mis amigos, a mis enemigos, al mundo entero y a mí mismo que el señor crítico sepa o no sepa en qué soy doctor y dónde hice mis estudios? Con tal que lo sepan aquellos *ad quos ea res pertinet...*

Saluda a Ud. muy atentamente.  
—Dr. Hipólito Galante.